

El Motín

PERIODICO SATIRICO SEMANAL

AÑO XVI. MADRID 31 OCTUBRE 1896. NÚM. 44

EL MOTÍN

PERIODICO SATIRICO SEMANAL

PRECIOS DE SUSCRIPCIÓN

PAGO ADELANTADO

Madrid y provincias, trimestre, 1,50 pesetas.—Ultramar y Extranjero, 10 pesetas año.—Número suelto, 5 céntimos.—Atrasado, 10.—Corresponsales, 25 números, 75 céntos. La correspondencia al Administrador de EL MOTÍN. Cincuenta por ciento de rebaja á los suscriptores directos en los libros de esta casa. Almanaque de regalo.

REDACCIÓN Y ADMINISTRACIÓN

Fuencarral, 119, pral.

DE AMIGO Á AMIGO

Ha vuelto á hacerse el argumento, y esta vez por *El País*, de que nada se adelantaría con la fusión, porque se pondrían al frente de ella los mismos hombres que están al de la Unión. Oigamos al querido colega:

«Nosotros, creyendo como creemos que ese propósito es bueno, aunque pugna con la realidad, preguntamos á sus defensores: ¿Puede perderse el tiempo en ensayar ahora nuevas organizaciones? ¿Ofrece algunas ventajas ese cambio de postura? ¿Hará surgir nuevos prestigios que, limpios de añejos rencores irreductibles, se pongan al frente de la política republicana y dirijan sus fuerzas?»

No; como no venga de provincias la savia nueva que vigorice organismos entecos y disgregados, los mismos hombres que hoy figuran á la cabeza compondrían el organismo superior del partido fusionado que se pretende, y como no cambian los hombres de condición porque muden de nombre, los mismos vicios de origen que hoy lamentamos, lamentaríamos entonces.»

El argumento parece á primera vista irrefutable. Procuraré demostrar que no lo es.

En primer lugar, pregunto: Si esos hombres llenos de añejos rencores irreductibles no sirven para la fusión ¿qué servicios pueden prestar en la Unión?

Y después, añado:

Se perdería el tiempo ensayando nuevas posturas, si la Unión tuviese unidad, un plan de realización inmediata; pero, como según el mismo colega, no lo tiene, ¿no sería mejor perder el tiempo en un ensayo que pudiera ser provechoso, que no insistir en un intento fracasado?

Hace unos cuatro meses se me hizo ese mismo argumento por *La Asamblea Federal*, y ¿qué ha hecho la Unión desde entonces? ¿Estaríamos peor de lo que estamos, si ese tiempo se hubiera empleado en organizar la fusión? No, imposible; por lo menos, habríamos conseguido convencernos de que, con los jefes, subjes y jefecillos que padecemos, no es posible ir á ninguna parte.

¿Que si ofrece ventajas la fusión? Mnechisimas, entre ellas la de que se vea que el sentido de la realidad se ha dignado penetrar en nuestros cerebros y el de la abnegación en nuestros pechos, obligándonos á sacrificar en aras de la patria nuestras particulares ideas.

Pero la principal sería esta. La posición y el cargo obligan mucho; y el hombre que se ve al frente de un organismo poderoso, no al de una fracción formada en su mayoría por amigos y admiradores, se mira más en lo que hace. Cuanto más se ensancha la esfera de acción, mayores responsabilidades se contraen, por lo mismo que puede alcanzarse más gloria. En la altura los hombres se revelan á sí propios, y se atreven á todo, porque tienen

más medios de acción. Poned al que más valga de entre nosotros al frente de un Comité, y no podrá hacer nada; elevadle al organismo superior de una fracción, y ya influirá en la marcha de ella; colocadle en el del partido, ya uno, poderoso y fuerte, y desarrollará todas sus facultades. Y, sin embargo, el hombre es el mismo. Esto, en cuanto á su valer; que en cuanto á sus otras cualidades, habilidad, prudencia, valor, el hombre se estima mucho más, y hace mucho más, por lo tanto, mientras más elevado se halla, más confianza inspira, ó más esperanzas despierta; que posición obliga, como obliga nobleza.

Por otra parte, conviene que la política republicana salga de los estrechos moldes, que pudiéramos llamar de familia, en que se ha agitado hasta ahora; que se reúnan nuestros hombres sin prejuicios nacidos y desarrollados al calor de los intereses de fracción: desapareciendo todas, ninguno pondría empeño en que prevalecieran los principios de la suya, que es precisamente lo que hoy ata y contiene.

¿Savía nueva de provincias? Que venga, si la hay. Este sería el mejor argumento en contra de los organismos actuales; porque si efectivamente existe esa savia, y no les da vida, ¿qué cargo más terrible para ellos! ¿Serán tan egoístas que ni siquiera permitan que esa savia nueva vigorice sus organismos entecos, disgregados, según la feliz expresión de *El País*?

¿Que los hombres no cambian de condición porque muden de nombre? Opino lo contrario, inclinándome más á lo que dijo Espronceda, de que el nombre es el hombre; y para no acumular pruebas, me limitaré á preguntarle al querido colega si no escribe á veces muchas cosas, única y exclusivamente porque se llama progresista. Pero ¿á qué hablar de esto, si la fusión no significa cambio de nombres sino de apellidos, de mote más bien?

Y voy á terminar.

Aun suponiendo que fuese cierto lo que *El País* dice, de que los vicios de origen que hoy lamentamos subsistirían después, ¿no sería fácil sustituir á los hombres que no respondiesen á la aspiración del partido republicano? ¿No tiene medios la democracia de imponerse á los que la defraudan? ¿Acaso la Asamblea de hombres independientes que eligiera el organismo superior de la fusión iba á quedarse desarmada? Se me dirá que lo mismo puede hacer hoy cada fracción. No; porque ¿qué adelantaría con hacerlo, si las demás no la imitaban?

Créame el colega, y perdóneme esta franqueza: si el talento, la energía y el entusiasmo que ha puesto para dar un nuevo jefe al partido progresista, los hubiera dedicado á sacar adelante la fusión, otra sería la situación del partido republicano. Respeto las razones que para ello haya creído tener; pero lamentando, sobre todo al ver ciertos arranques de independencia que á lo mejor descubre, no haberlo desde luego tenido por compañero en esta campaña; ¿qué digo por compañero? por jefe y guía.

JOSÉ NAKENS

GALIMATÍAS

La Asamblea centralista autorizó á su Directorio hasta para plegar su bandera en aras de la Unión, y *La Justicia*, después de haber manifestado varias veces sus simpatías por la fusión, sale ahora por este registro:

«Con ser muy patriótico é idealmente preferible el fin que con esta pretensión se persigue, ¿se ha pensado en la honda perturbación y gran quebranto que

su realización acarrearía, por el pronto, á la Unión concertada, y los profundos antagonismos que suscitaría y que, por largo tiempo, pudieran hacer irrealizable todo otro proyecto de Unión?»

El resultado más funesto que pudiera dar sería la formación de un grupo más. Deben huir de tal peligro los republicanos.»

¿Perturbación y quebranto traería la fusión? Quizás; pero serían preferibles á la inercia y pasividad de la Unión.

¿Suscitaría profundos antagonismos? Lo creo, porque somos tan desdichados que las ambiciones personales nos devoran; mas nunca serían mayores que los que existen en la Unión y que impiden toda concordia fructífera.

¿Podría resultar un grupo más de la fusión? No se me alcanza cómo; pero, aunque así fuera, ¿aumentarían por esto los males que lamentamos? Donde pueden vivir... muriendo, cinco grupos, ¿qué importaría que hubiera seis?

Y continua *La Justicia*:

«No están los tiempos para andar probando moldes nuevos á diario, ni para hacer lo que los niños que, una vez adquirido, desdénan el juguete cuya posesión ambicionaran el día antes.»

Lo de los moldes nuevos á diario, cuéntese lo el colega á los que dividen un partido y forman un grupo por mantener la dualidad en el procedimiento para traer la República, y luego se retraen de la lucha legal; respecto al juguete, creo que los niños que desean un caballo de resorte, porque anda, obran cuerdaamente al arrinconarlo, si no consiguen que se mueva.

Y prosigue *La Justicia*:

«Los males que afligen á la patria son de tal gravedad y requieren remedios tan urgentes, que es de temer, si pronto no estamos en disposición de aplicarlos, que lleguen tarde, resulten ineficaces é irreparable la desgracia que pretendieran evitar.»

Conforme en un todo. ¿Pero se atreverá á sostener *La Justicia* que se responde á esa urgencia en los remedios, pasándose la Junta Central desde el mes de Marzo al de Noviembre sin hacer otra cosa que dictar una circular sobre organización, de la que apenas nadie ha hecho caso, lo cual prueba que las corrientes no van por ahí?

«¿No valdría más mejorar lo que existe, ampliar cuanto sea preciso la base de la Unión concertada, é inspirándose en el amor á la patria que se identifica con el amor á la República y se ha de vigorizar con el odio á la monarquía, organizar las fuerzas republicanas, afirmar severa disciplina en la acción común?»

La base de la Unión pactada no puede ensancharse, porque la única fracción organizada que ha dejado de entrar en ella, la del señor Pí, no puede hacerlo. ¿A título de qué entraría? ¿De federal? ¿Pero si los federales verdaderos, según la Unión ha reconocido, son los que se separaron de él? ¿Pero si para esto sería preciso que las demás fracciones renunciases previamente á su mote, lo cual ninguna quiere! Este galimatías sólo puede desaparecer con la fusión.

Además, si están unidas cuatro fracciones de las cinco en que nos hallamos divididos, ¿necesitan el apoyo de nadie para acometer la empresa á que se comprometieron? Los que hoy no están en la Unión, fuera quedaron desde luego; ¿por qué, pues, salir á los ocho meses diciendo que nada puede hacerse sin ellos? Aquí del cuento de aquellos cincuenta gallegos armados de guadañas que se dejaron robar por dos individuos desarmados en la carretera, y que se disculpaban diciendo que los habían robado, porque estaban solos.

¡Ah, querido colega! Lo que hay en todo esto, aunque sea triste confesarlo, es que el egoísmo personal y el de fracción se imponen

al amor á la República y al deseo de salvar la patria.

Y mientras las fracciones no desaparezcan en absoluto, nos agitaremos inutilmente en el vacío.

DECLARACIÓN QUE URGE

El Sr. Pi es una personalidad política que resta voluntades en el elemento armado, á causa de sus constantes declaraciones en contra suya. No se le puede decir á nadie: «ayúdeme usted á salir adelante con esta empresa, que después le daré un palo.»

Hay otro hombre que, por otra causa, impide que el ejército se entienda con nosotros: el Sr. Salmerón. Cayó del poder por no aplicar la pena de muerte para evitar la indisciplina, y no sabemos que después se haya arrepentido de aquel error grave.

Urge, pues, que afirme, clara y concretamente, que aplicará la pena de muerte siempre que el Código militar lo exija, Código del que nunca podrá suprimirse. De lo contrario, el ejército no se pondrá á nuestro lado.

Y hará bien. Todavía, si las circunstancias lo exigieran, podría en un momento dado hacer un sacrificio por el bien de la patria, prescindiendo de reformas y reducciones equitativas. Pero exponerse los jefes y oficiales á oír otra vez el ¡que bailen!, esto no puede exigírseles á hombres de honor, ni por la República, ni por la patria misma.

Suplico, por lo tanto, á mi querido colega *La Justicia* que nos diga lo que el jefe del centralismo opina acerca de esto, sin distinguos ni nebulosidades, para poder contestar á los que sobre tan capitalísimo punto me interrogan.

Y á partir de su declaración, ya sabremos todos, militares y hombres civiles, á qué atenernos, para obrar en consecuencia.

La cuestión, como el ilustrado colega comprenderá perfectamente, es de tal importancia, que de ella puede muy bien depender la venida de la República, que no hemos sabido ó no hemos podido traer en veintidos años de buenos deseos y pésimos procederes.

NOTICIA GRAVE

Telegrama recibido por *La Correspondencia*:
Cádiz 27, 2'15 t.

En nombre de *La Correspondencia de España* he visitado hoy á los enfermos de Cuba.

Hay 92, de ellos 20 graves de tuberculosis y enfermedades palúdicas.

Uno murió esta mañana y otro se halla en el período agónico, habiendo recibido el Viático.

Se comenta con dureza el que hayan enviado tantos enfermos, algunos agonizando.

Más que ropas, necesitan los enfermos alimentación y mucho cuidado.»

Como hasta el momento de cerrar este número no he visto rectificada la noticia de que á los enfermos que vienen de Cuba no se les alimenta ni cuida, el ministro de la Guerra está en el deber de llevar á los Tribunales á esa Compañía para que responda ante ellos del mal trato que reciben en sus buques los defensores de la patria que regresan enfermos.

Bueno es organizar fuerzas que combatan la insurrección, pero mejor es procurar por los individuos que las forman: el que uno sólo muera sin provecho para la patria, es un crimen digno de duro castigo.

Exíjanse, pues, las responsabilidades á quien corresponda.

EL PUNTO DE LA MEDIA

El País no quiere discutir si la Unión Republicana funciona con todo el prestigio y la autoridad que á su misión corresponde, pero afirma que «puede continuar existiendo, sin volver los ojos atrás más que para todo lo contrario de lo que hasta el presente hizo, procurando ganarse la absoluta confianza de la opi-

nión y la fe y entusiasmo del pueblo republicano, tratando con alteza de miras y con sinceridad de propósitos las cuestiones importantísimas que forzosamente ha de resolver, poniendo al servicio de la causa la abnegación y el sacrificio personal, evitando la pérdida de tiempo en discusiones que no se adaptan á la realidad presente ó que pueden aplazarse, exteriorizando su actividad y sus iniciativas de forma que contribuyan á reanimar el espíritu público; pero que, si todo esto no es posible, entonces sí, será más noble y más provechoso á la causa declararlo con franqueza, que de este modo la lealtad no podría ser traducida por impotencia.»

De modo que, por confesión explícita de una de las fracciones de la Unión, no ha hecho hasta hoy nada provechoso para traer la República, ni tiene la confianza de la opinión, ni trata las cuestiones con alteza de miras, ni hay sinceridad en sus propósitos, ni pone al servicio de la causa la abnegación y el sacrificio personal, y pierde el tiempo en discusiones estériles; añadiendo que existen diferencias, y perduran y petrifican en el alma de los de arriba rencores personales nocivos al espíritu de unión y concordia.

Perfectamente; esto se llama hablar claro.

Juzgada así la Unión por una de las partes que con más calor la han defendido, bien puedo yo permitirme asegurar que la Unión se ha roto.

Pero *El País*, que por lo visto no quiere cargar con el muerto de la ruptura, trata de engañarse á sí mismo, y escribe al final del artículo en que tales afirmaciones hace:

«No está *El País* dispuesto á ocultar á la opinión lo que sea conveniente decirle, si no amanecen para la Junta Central de Unión Republicana días de actividad fecunda, de iniciativas provechosas y de grandes y salvadoras energías.»

Lo cual quiere decir que aplaza unos días el extenderle la papeleta de defunción, por si, como alguna vez ha ocurrido, no es muerte, si no catalepsia.

Nada tengo que oponer á tan prudente aplazamiento, que me parece muy justificado; si bien debo advertir al batallador colega, que no comparto en este punto sus hermosos optimismos. Como las próximas representaciones del drama *Don Juan Tenorio* no lleven al ánimo de algunos señores de la Junta Central la idea de que

un punto de contrición
da á un alma la salvación,

y, á semejanza del que mató á su papá D. Diego y estropeó á la señorita doña Ana de Pantoja, no se arrepientan de todo lo que han venido haciendo hasta hoy, mucho me temo que esos optimismos no lleguen á madurar.

En fin, esperaremos. Llevamos tantos años así, que realmente no es excesivo el plazo de quince días (creo que *El País* no aguardará más), para saber, como Gedeón cuando parió su señora, si somos padre ó madre.

Porque esto de continuar por más tiempo parodiando á los soldados de *Il ferochì romani*, cantando el ¡andiamo! ¡andiamo! sin moverse, antójase ya broma pesada, con ribetes de bufa.

Afortunadamente *El País* ha soltado ya el punto de la media, y el agujero se irá ensanchando.

UNA PRUEBA MÁS

Para dar una idea más de cómo anda la Unión, allá va lo siguiente:

«Lo que *La Asamblea Federal* quiere, es que los hombres que fueron á la Unión asegurando que obtenerla era lograr la panacea, cumplan las ofertas hechas; que no huyan el bulto por frívolos pretextos; y en una palabra, que se liven la manta á la cabeza si son revolucionarios y están dispuestos á cooperar al triunfo de la República, sin omitir sacrificio alguno, ó que canten la palidonia diciendo que no están por ir á la Cárcel, gastar cuartos ó que les rompan un hueso.»

Admiro á *La Asamblea* por defender, cada día con más brío, una Unión en que figuran individuos que tal concepto le merecen.

Por lo demás, crea el querido colega que me llenaría de júbilo el ver que la Unión se portaba de tal modo, que hacía innecesaria la fusión; pero ¡ay! que á juzgar por las frases que se le escapan, unas de amargura y de amenaza otras, calculo que no ha de tardar el momento de la ruptura, provocada, no por los de fuera, sino por los de adentro; no por los partidarios de la fusión, sino por los que tienen más motivos que nadie para saber que á ninguna parte va.

Y me llenaría de júbilo doblemente, no sólo porque se va haciendo pesadita mi campaña, sino porque me permitiría arreciar en la que contra el carlismo he comenzado, y que ha de exceder en lo tenaz y lo dura á cuantas hice.

Porque ahí sí que debemos todos apretar de firme.

PALABRA QUE RESTA

¿Soy enemigo de la federación? No; creo que á la postre iremos á parar á ella, y ningún progreso me asusta. Pero creo á la vez que, hoy por hoy, la implantación de la República se retrasa por causa de esa idea.

Lo federal va unido en España, sin razón á veces, al recuerdo de la perturbación diaria en las poblaciones, de la indisciplina en el ejército, de los cantones, del cambio semanal de ministerio, de discusiones bizantinas en las Cortes, del papel á diez y la intranquilidad á mil, de un presidente que huye, de gobiernos que no gobiernan, de batallones con gorro frigio paseando las calles sin hacer nada, de carlistas envalentonados, y, para fin de fiesta, de un Congreso disuelto por un soldadote.

Todo esto, y muchas cosas más, ninguna grande, va unido al adjetivo federal; y como no se puede convencer al país de que en muchos casos va unido injustamente, hay que tomar las cosas como son, y quitar á la opinión pretextos para no ponerse á nuestro lado.

Y como, lejos de haber desvanecido con una conducta prudente aquellos dolorosos recuerdos, el Sr. Pi sigue predicando la disolución del ejército, y defendiendo el anarquismo, y alentando el separatismo, claro está que cada vez infunde lo federal más recelos.

Si el 73 hubiera hecho algo, brutal inclusive, tenido audacias ó demostrado energías, la opinión no se le mostraría tan rehacia; ¡pero si no hizo nada! ¡si careció de valor hasta para implantar las reformas más sencillas!

Más aun; si después, durante la restauración, se hubiera sublevado siquiera una vez por su cuenta, patentizando así que conservaba su antiguo poder, habría borrado con su sacrificio sus errores ó deficiencias; ¡pero si se ha pasado veintidos años sin demostrar que los federales de ahora son los legítimos herederos de aquellos que dieron tan potente muestra de lo que podían, allá por los años 68 y 69!

Por todas estas razones, y otras que irá dando si tienen empeño en oírlas, el adjetivo federal resta y no suma elementos, y en cambio no representa gran fuerza, por haberse ido al socialismo la casi totalidad de la masa que lo nutría, y haberse separado de Pi casi todos los hombres de algún valer.

Y si el adjetivo federal, que al fin y al cabo es el de abolengo más antiguo, debe suprimirse, ¿qué no diré del progresista, del centralista y del nacional, de creación reciente?

Abajo todos, pues, y contentémonos con el de republicanos, que si no llena la aspiración personal de cada uno, puede facilitar la abolición de la monarquía, que es lo único que debe hoy preocuparnos.

Y lo demás, nos será dado por añadidura.

LA VOZ DEL PATRIOTISMO

Don M. Castro Lopez, federal de toda su vida, hoy en América, ha dirigido una *Car-*

ta abierta al Sr. Pi, elogiándole por sus campañas periodísticas, pero diciéndole:

«Una sola cosa me disgusta de la revista de usted y es lo que en ella viene escribiendo y propagando, con insistencia que ninguna consideración quebranta, sobre aquella bellísima isla, de vegetación exuberante, por sol tropical alumbrada, y una de las primeras de América en que Colón, amparado por España, la nación generosa y civilizadora por excelencia, puso sus plantas para redimir al salvaje y dar á Europa aliento, y á la ciencia gradaciones, y á la humanidad más luz. ¡Ah, señor Pi y Margall! La conducta de usted en estos momentos de prueba para España, es dañosa para esa nación que se enorgullece de contarle entre los suyos.

Si la isla no gozase de libertades; si el pueblo de Cuba, ya que no en masa, en su mayoría por lo menos, manifestase claramente deseos de gobernarse por sí propio; si al frente de la insurrección que arde en la manigua apareciesen, no desconocidos extranjeros ávidos de correr aventuras, sino cubanos de prestigio por sus virtudes cívicas, por su ciencia y por su posición social, entonces, señor Pi, sería oportuno discutir acerca de la conveniencia ó inconveniencia de desprenderse España de aquellas provincias cuya conservación, antes que favorecerle desde el punto de vista pecuniario, le perjudica muchísimo. Pero no se da ese caso. Hoy no hace España otra cosa que amparar á los buenos, á los verdaderos Cubanos, contra las hordas que, de triunfar, lo cual no conseguirán, entregarían á los horrores de la guerra civil, y después,—es lo probable—al dominio de una raza que se prosterna sólo ante el becerro de oro, despreciadora de los ideales que más ennoblecen el espíritu del hombre.

Basta esto para abonar la acción de España en Cuba, sin necesidad de entrar en largas disquisiciones de orden político, económico y social, que también la justifican.

De aquí, Pi y Margall, el que los españoles á quienes el destino trajo á buscar en la América el pan, que es la vida, nos olvidemos por completo de los principios políticos que profesamos, para sacrificarlos en aras de la patria, que necesita el auxilio de todos sus hijos en contienda tan luctuosa.

Ya que usted no se lo preste también, cese, siquiera sea por el tiempo que duren las circunstancias por que atravesamos, en la campaña que favorece á los bandoleros de la manigua.

Verdad es que afortunadamente no parará el brazo de nuestros gobiernos; pero será triste para los españoles caídos al golpe del plomo enemigo, que al dar el postrer ¡Viva España!, se acuerden de que en la misma metrópoli, y por persona de la autoridad de usted, no se les acompañe con el corazón. Es triste, porque, como lo ha hecho *El Diario* de esta capital, los filibusteros y sus secuaces, interpretando incorrectamente las palabras de usted, tratan de rebajar el nombre de nuestra cara patria. Es triste para los que entendemos, y creemos entender perfectamente, que en España no debe haber, hoy por hoy, sino una voluntad: la de acabar por las armas la guerra de Cuba.

No sé si usted atenderá bondadoso mi excitación. En contrario caso, trataré de rebatir una á una sus opiniones relativas á la cuestión que es objeto de estas líneas. Me autorizará para hacerlo aquella epístola famosa, pues que ha corrido del Miño á la ciudad condal y del Guadalquivir al Ebro, que hace años usted se dignó dirigirme: «Deduzca usted implacablemente—me decía—las consecuencias que de ellos (ciertos principios) deriven.» ¡Ah! Si yo fuese poder, y de otra parte no me lo impidiesen algunos de los motivos que dejo expuestos, deduciendo implacable, pero lógicamente de la actual actitud de usted, le fusilaría como á un filibustero.»

Dura es la carta, y más por ser de un correligionario. Pero hay que disculparle. Debe sonar muy mal en los oídos de los españoles que se ganan el pan en lejanas tierras, y que por lo mismo sienten más vivo el amor á España, todo lo que signifique disculpa ó defensa de la conducta de los bandido que la combaten.

ADVERTENCIA LEAL

No seré sospechoso para los federales disidentes de Pi; los he ayudado cuanto he podido, y quizás fui el primero que aplicó el calificativo de *piistas* á los que se quedaron con D. Francisco.

Esto no ha de impedirme que hoy, al ver que exageran lo de la federación por miedo á que

su antiguo jefe los excomulgue por heterodoxos, les diga: «para los que se han quedado con él, para los monárquicos, y para la opinión que no opina, el partido federal está y estará siempre donde esté el Sr. Pi.»

Y siendo esto así, aunque contra toda lógica y razón, ¿por qué se empeñan los federales disidentes en pasar por ortodoxos, si desde el momento que formaron grupo aparte llevan el sambenito honroso de rebeldes é indisciplinados? ¿Por qué se han de oponer á la fusión, donde podrían trabajar mañana por el triunfo de sus ideas? ¿No comprenden, ellos que tan bien conocen á su ex ídolo, que no es de la madera del padre del hijo pródigo? Antes transigiría el Sr. Pi conmigo (teniendo muy poquito que agradecerme), que con los que se han separado de él. Y esto es humano. Se perdona al enemigo; nunca al amigo que cayó en falta con nosotros.

¿No lo comprenden así los federales? Peor para ellos. Puede llegar un día en que Pi entre en la fusión, con tal de que se deje á ellos fuera. Y entonces, aun cuando digan que son más federales que Dios, (frase que estuvo en moda)... *requiescat in pace*.

Piensen detenidamente en esto, y en lo poco airosa que su situación sería dentro de la unión misma, si un día el Sr. Pi, por alguna de esas combinaciones tortuosas de su política, se adhirió á ella á condición de que se le considerase como el verdadero zaragozano del partido federal; que como piensen bien en esto, seguro estoy de que quitarán vapor á su cada día mayor intransigencia, y contribuirán poderosamente á salvar á España, aspiración hoy más noble y más elevada que la de sacar á flote éste ó aquél principio político.

PROYECTO IRREALIZABLE

Noticia que ha dado á un periódico de Barcelona su corresponsal en Madrid:

«En Toledo reside el cardenal Monescillo, que vive en relaciones cordialísimas con D. Carlos, de quien tiene en España la representación en el orden religioso.

El Sr. Cánovas celebró una conferencia muy larga con el cardenal Monescillo, y en ella se habló del matrimonio de la princesa de Asturias con D. Jaime, proyecto que el Sr. Cánovas tiene desde hace mucho tiempo, y en el que con tanto empeño colabora el señor Pidal.»

Y *La Correspondencia de España* ha dicho:

«D. Jaime de Borbón, el hijo del pretendiente don Carlos, ha cumplido ya veintiseis años y está soltero, y ahora parece que se piensa seriamente en casarle.

No es mal partido, porque es bien parecido, listo y bastante rico; pues, además de la herencia de su madre, tiene la del conde de Chambord, que su padre sólo disfruta en usufructo, y que pasará á él íntegra, sin tener que partirla con sus hermanas.

D. Jaime sólo se puede casar con una princesa católica, y de éstas en estado de merecer sólo las hay en la corte de Austria y en la de España.

Parece que aquellas corrientes de simpatía que hace cincuenta años quisieron unir á la reina doña Isabel II con su primo el conde de Montemolín, se reproducen ahora, y que algo de esto se tratará en fecha no muy lejana entre personas á las que agrada el proyecto; pero esto no son más que conjeturas y ganas de cavilar que tienen las gentes casamenteras.»

Para comentario de todo eso, nada mejor que este pálido relato de la entrada de los carlistas en Cuenca, acto horrible que arrancó frases de indignación á otro cardenal, el señor Payá:

«Ya están los defensores de don Carlos en poder de la presa codiciada.

Las puertas de las casas son destrozadas con hachas; los enseres del hogar que no pueden servir, arrojados por ventanas y balcones; las alhajas y dinero, alojados en las fajas y morrales; las provisiones de las alhacenas, en los estómagos hambrientos; la ropa blanca y prendas de vestir sustituyen á los harapos y la miseria; rompen en los casinos espejos, mesas y botellas; penetran descompuestos en los templos, y, finalmente, se llevan un costoso pectoral de Jesús, dos mantos de terciopelo de San Juan, y una

corona, rosario y diadema de plata de la Virgen del Puente.

Pero no vaya á creerse que estos actos de avaricia terminan cuando la resistencia ha concluido y los batallones han tomado alojamiento donde lo han creído conveniente; duran los tres días de su estancia en la ciudad. Insultos, golpes y amenazas son el acompañamiento de hazañas tan heroicas.

Ellos mismos se roban unos á otros: cambian anillos, relojes y cubiertos por objetos de campaña, ó los venden por pequeñas cantidades.

En el Instituto rompen las puertas interiores, destruyen por completo el gabinete de Física, arrojan á la calle objetos de los de Historia Natural y Geografía y desaparecen muchos libros.

Pasemos por alto los atentados contra la honestidad y la virtud. Corramos un velo sobre tan vergonzosos actos que razones de prudencia no nos permiten detallar.

D. Enrique Escobar y Valdeolivas, comandante en situación de reemplazo, retirado en su casa, porque su situación no le permite tomar parte en la defensa, se ve rodeado de gran número de carlistas que le amenazan y le insultan. Desoyen, no sus razones y disculpas, que en su situación pronto pierde el conocimiento, si no los ruegos de su anciana madre, que le estrecha en sus brazos sin poder evitar que le pinchen y le hieran, y ya moribundo le arrojan por un balcón alcanzándole con una bayoneta en la cabeza. Mientras tanto, otros voluntarios carlistas, concedores de la casa, se ocupan en levantar unos ladrillos, sacan gran cantidad de dinero y se lo distribuyen tranquila y segadamente.

No había dejado de latir el corazón de aquella primera víctima, no se había escapado toda la vida de aquel cuerpo agonizante, cuando el caballo de doña Blanca pisaba los humanos restos del honrado militar.

Pedro Díaz Escamilla, voluntario defensor de la calle de la Moneda, se retira á su cercana casa en el momento en que por todos es la línea abandonada. Llega una turba, obliga á la mujer á que sirva de guía al sitio donde su esposo se halla oculto, y algunos le pinchan con las bayonetas en la espalda, el voluntario es descubierto, y después de asesinado á tiros y bayonetazos, le destrozan el cráneo y se ensañan con crueldad en el cadáver. La desdichada viuda baja temblorosa la escalera, recibiendo la sangre que sale á borbotones del cuerpo del que fué su esposo y los insultos y amenazas de los infames que le dieron muerte.

De dos hijas jóvenes que presencian escenas tan horribles, una cae reformada á consecuencia de las impresiones recibidas y de beber tila con pólvora que le administra uno de los carlistas posesionados de la casa. La misma se ve precisada á recoger y á arrojar á la calle los trozos de la masa encefálica del padre.

Inocente Cornago, enfermo de viruelas, tiene que incorporarse en el lecho una y otra vez para que se cercioren de que efectivamente está enfermo, y no es, como creen, un voluntario liberal herido; pero si unos se convencer, otros lo dudan, y otros dicen que es necesario concluir con todos los *cipayos*. «¿Que dirán de lo contrario nuestros jefes?» exclaman; y rodean á la madre de Cornago, que por salvar á su hijo de entre aquellos asesinos lo ha sacado del lecho presentándole en medio de la habitación para que así juzguen si es ó no verdad lo que dice.

¡Pobre madre! Sólo consigue provocar con su solicitud y ruegos los sanguinarios instintos de aquellas desalmadas gentes, mil veces de peor condición que las fieras. Hijo y madre, estrechamente abrazados, son maltratados con bayonetas; un tiro que disparan al primero hiere á la segunda.

Después los verdugos sacrifican á la víctima, saquean la casa, destruyen cuanto encuentran y se lanzan á la calle gritando: «¡viva el rey! ¡viva la religión!»

Recuerdo ese hecho á los que sientan algo de amor por la libertad, para que piensen si sería posible tolerar que tanta sangre y tantas lágrimas hayan servido sólo para las arras de un casamiento.

PANACEA MÍSTICA

El obispo de Sión, que en punto á bullir y exhibirse es el número uno, es su clase y en todas las clases, ha dedicado al ejército un chaparrón de vulgaridades místicas, entre las que merecen especial mención las siguientes:

«Hondamente convencidos de que la vida y la muerte de las naciones está en manos de Dios, á su infinita misericordia encomendamos la suerte del ejército...»

Que se embarquen para acá las tropas, pues si en último caso ha de ser lo que Dios quiera, maldita la falta que hacen en Cuba. ¿Ha decidido que triunfe España? Triunfará, aunque no quede allí ni un soldado. ¿Piensa lo contrario? Pues nos reventarán los mambises, aunque mandemos un millón de hombres más.

«Nada pasa en la tierra sin mandato especial ó permiso tácito de su adorable Providencia, como no se escribe una página en la Historia sin su divina intervención.»

Repito lo mismo, y ruego á los que atribuyen la insurrección á la mala política colonial y á los abusos administrativos, que se abstengan de hacerlo en adelante. A la Providencia, y sólo á la Providencia se le debe, según el obispo de Sión.

Por cierto que esto me da la clave de la matanza de frailes en Filipinas. «¿Por qué, me preguntaba, habrán eliminado á aquellos benditos?» Hoy ya lo sé; por mandato especial ó permiso tácito de la adorable Providencia. Y vea usted por dónde me encuentro con una preocupación menos.

«Cuando el polvo y el humo de las batallas se disipan, aparece más limpio y mas sereno el firmamento; y la sangre vertida en los combates, como la derramada en el Calvario, hace brotar en la tierra que riega y ennoblece, flores de sublimes virtudes y frutos de saludable redención.»

Madres que lloráis por vuestros hijos, enjugáos los ojos; hombres que os lamentáis de la miseria y la ruina de España, regocijáos. La guerra de Cuba nos traerá la prosperidad y la alegría. Caigan hombres, por lo tanto.

«Mirad al Cielo, soldados españoles, y confiad en el Señor.»

¡Oh, si, seguid ese consejo! Nada de mirar al sitio por donde venga el enemigo, para prevenirlo ó cortarle el paso; nada de examinar el Matúser para convencerlos de que está bien cargado. ¡Al cielo, al cielo; allí debéis mirar! ¡de allí os ha de venir la salvación!

Lo que indudablemente contribuiría á duplicar vuestra fe y aumentar vuestra esperanza en ese hermoso y novísimo procedimiento de acabar las guerras, sería que ese santo obispo fuese á Cuba y os edificara con su ejemplo.

Con esta fecha le propongo el viaje; mas por si acaso se retrasara, como sospecho, os aconsejo que sigáis combatiendo como hasta aquí; mirando, no al cielo, si no al corazón del canalla que tengáis en frente, para ver si podéis alojarle en él una bala.

VISITA DE CABILDOS

Se me dice que un obispo ha recogido en su palacio la agencia de preces.

Y que se ha llevado á su diócesis provisor, secretario, vice, rector del seminario, cocinero, cochero, paje, toda una corte, en fin.

Y que acapara para sus paniaguados todas las canongías que vacan.

Y que ha vuelto patas arriba el seminario, vendido unos tapices antiguos de la catedral comprando con su importe un terno, y que todo se le vuelven proyectos, y reformas y gastos.

Y que ha hecho un arreglo parroquial estúpido, y aun le ha quedado tiempo para hacer viajes que han durado meses enteros; y cien cosas más.

Como al que me escribe se le ha olvidado lo principal, el nombre del obispo, ó siquiera el de la diócesis, claro está que no he de ocuparme de comentar nada de eso; el sistema de tirar la piedra y esconder la mano es cómodo, pero poco recomendable.

Mas como estoy decidido á meter en cintura á los cabildos, y voy á enviar una persona de mi confianza al punto en que cada uno radica, no me preocupo por averiguar dónde ocurren todas esas pequeñeces; ya lo averiguará él.

El primero que visitará será el de Osma, por haber llegado á mis oídos el rumor de una

cuestión suscitada con motivo de haber reclamado el obispo unos monjes al ayuntamiento del Burgo, y amenazar al país un diluvio de pleitos por cuestión de capellanías, obras pías, etc., etc., y haber además no sé qué graves disgustos en Quintanar de Avellaneda y otros pueblos á consecuencia del arreglo parroquial.

Con que oído á la caja.

ADHESIÓN

Tarifa, 13 Octubre de 1896.

Sr D. José Nakens

Distinguido correligionario: Mi profesión de fe hecha está hace tiempo; quiero la unión de todos los republicanos, sin mixtificaciones ni componendas y con un solo jefe; en una palabra, quiero la fusión de la gran familia como la comprenden los químicos; que de dos ó tres cuerpos diferentes resulte uno nuevo sin las propiedades de los componentes.

Esto declarado, se ofrece á usted como siempre S.S. y correligionario q. s. m. b.

PABLO GOMEZ MONAL.

MANOJO DE FLORES MÍSTICAS

El párroco de doña Mencía ha emitido el hermoso deseo de ver á todos los vecinos como las lámparas en las iglesias.

¿Para quedarse solito con las vecinas, eh? ¡Ah, pícarillo! No puede negar que ha hecho voto de castidad.

Lo que no ha tenido en cuenta al expresar tal deseo, es aquello de «haz con otro lo que quieras que hagan contigo»; pero, ¿quién repara en semejantes antiguallas?

Nada, hermoso; por mi parte, empieza á colgar á esos borregos cuando gustes, á ver si á alguno le da la humorada por hacer lo mismo contigo.

Lo cual no me produciría el menor disgusto, aunque otra cosa creas.

Se queja un colega de que, desde que hay frailes en Cádiz, los curas no ganan para vivir.

Me alegro. Si ellos no lo hubieran permitido ¿como habrían de haberse apoderado de España los frailes? Que purguen el crimen, ya que lo cometieron.

—¿Sabe usted si en Morata de Tajuña hay un cura llamado Máximo Segovia?

—Sí, señor.

—¿Tiene usted noticia de si, unciendo un caballo que le ha regalado una viuda, al coche que ella tiene, salen los dos de paseo, haciendo de cochero el enterrador?

—No sé nada de eso.

—¿En tal caso tampoco sabrá usted si es cierto que la señora viuda piensa mudar de aires en breve, viniéndose á Madrid?

—Tampoco. Y si piensa usted hacerme más preguntas, le ruego que las deje para otro día.

—Convénido, y gracias.

¿Que si le han hecho vomitar al obispo Calvo y Valero los millones que retiene del legado de Igareda?

Eso no se pregunta. El alto clero puede quedarse con todo lo que hay en España, sin que la ley le alcance.

A otra cosa.

Un cura ha dejado morir sin confesión á un vecino en Alcalá de Córdoba, por no levantarse de la cama.

Siendo pobre el vecino, ha obrado perfectísimamente, y más si tiene la misma opinión que yo acerca de la eficacia de ese acto. ¿A qué exponerse á pillar un catarro por prestar un servicio que no sirve? Choca, cura. Tú eres de los míos.

Dos neos han adquirido por 93.000 duros en San Sebastián el teatro-circo, para derribarlo y construir un convento de monjas.

Cantidad que irán sacando poco á poco de San Sebastián, si es que ya no lo han sacado.

¡Qué saqueo y qué rapiña! ¡Y cuánto tonto!

Un frailecillo ha predicado contra los periodistas en la iglesia de San Francisco (Cádiz).

Le habrán llamado alguna vez por su nombre: animal.

El Nuncio ha sido recibido en Salamanca á los gritos de ¡viva el papa rey!

Una papa.

DISPAROS

Un fraile, el P. Ludovico, ha anunciado desde el púlpito de la iglesia de los carmelitas en Valencia e destronamiento de la Regente.

El Congreso católico de Trento aclamó al Chapa al grito de ¡viva el rey!; el Padre Corbató insultó há poco á la Regente; hoy ese Ludovico anuncia su destronamiento; la mayor parte de las iglesias se hallan convertidas en clubs carlistas...

La restauración está en camino de recitar pronto lo de

ya me comen, ya me comen por do más pecado había.

Cría cuervos y te quedarás sin ojos.

Si los partidos monárquicos siguen haciendo la vista gorda ante la propaganda carlista, habrá que deducir lógicamente que la amparan.

Y en este caso, alguien tendría mañana derecho á calificarlos de traidorss.

Quien tenga tienda, que atienda.

El Chapa ha dicho en Trento que exterminará á los masones el día que suba al trono de España. Y haría muy bien, si encontrara uno siquiera con vida.

El deber de todo masón y de todo liberal es morir combatiendo, para impedir que ese imbécil ocupe el trono que el clericalismo le construye.

Y el que sobreviviera á esa vergüenza merecería realmente ser exterminado.

Pero no llegará ese caso, á menos que perdamos todos en un día la dignidad con el instinto de conservación.

Se atribuye á Cánovas, como antes á León y Castillo, la frase de que «antes que la República, don Carlos.»

Lo que parodio en esta forma: «antes que el carlismo, los anarquistas de la propaganda por el hecho.»

CIENCIA Y RELIGION

por

MALVERT

con 85 grabados en el texto.

Precio dos pesetas

Se dará á peseta á los lectores de todos los periódicos republicanos.

Pago adelantado, siendo el certificado (25 céntimos), de cuenta del que pida el libro, y no respondiéndose, en caso contrario, del envío.

FOLLETOS NUEVOS

15 CÉNTIMOS UNO

Acaban de ponerse á la venta los siguientes:

LAS SESENTA Y SIETE

CÉLEBRES PREGUNTAS

DE

ZAPATA

Dirigidas á una junta de doctores, por las cuales fué quemado en Valladolid en 1631.

CARTA

DE

CARLOS MAURICIO DE TALLEYRAND AL PAPA PIO VII

EL APOSTOLADO DE LA VERDAD

(Folletos de propaganda)

A 15 CENTIMOS

Cristo en el Vaticano, (prosa y verso), por Víctor Hugo.

Los reyes con mote, por El Motin. Con láminas.

La ley natural, por Volney, autor de Las Ruinas de Palmira.

La infalibilidad del Papa, ó la verdad en el Vaticano. Discurso del obispo Strossmayer.

Juana la Papisa, por Julio Fernández Mateo.

La mujer y la Iglesia, por id.

Mónita secreta, ó instrucciones reservadas de los jesuitas.

La lujuria del clero, sacada de los cánones de los Concilios, y de los escritos de Padres de la Iglesia.

La visita pastoral, viaje en tres jornadas y en verso, por Un presbítero.

¿Cuál es la religión de Jesús-Cristo? Discours pronunciado por un obrero en el círculo La paz, de Lieja (Bélgica), traducido por Julio Fernández Mateo.

Cartas de Tayllerand, al obispo de Clermont y al abate Maury.

Imprenta Popular, Plaza del Dos de Mayo, 4.